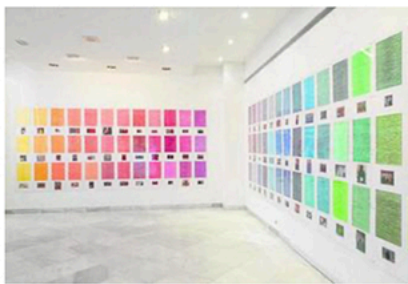


CULTURA

La tenaz meditación de Inmaculada Salinas

- La artista se emplea en la muestra del CAAC en una dirección ascética en lo intelectual y firme en lo que toca a la voluntad

06 Junio, 2011 - 05:00h



Después de un proceso electoral, un candidato electo pidió a un artista una obra, no recuerdo si para el Senado o para el Parlamento europeo. Tendría que ser una donación pues no había prevista partida para sufragar el cuadro, pero sería una contribución seria a las instituciones y también beneficiaría al autor. La propuesta no cuajó. Los artistas tienen la manía de vivir de su trabajo. Baste recordar las cartas de Tiziano a sus clientes Carlos I y Felipe II reclamando el pago de cuadros encargados y ya entregados. Poca gente de a pie pudo disfrutar de las obras reunidas por los reyes de la casa Austria, mientras que hoy los espacios del Estado son virtualmente públicos. Pero entonces como ahora, el arte, al entrar en tal esfera es ante todo un medio de legitimación. Como ciertos discursos se salpican con citas literarias o filosóficas,

abundan los responsables políticos que gustan retratarse ante obras de arte, afición que comparten con empresarios o ejecutivos de la industria o las finanzas. El arte, aunque se le dé la espalda (¿cómo fotografiarse si no?), es un buen **fondo**: ennoblece, presta prestigio y legitima.

Inmaculada Salinas ha recogido pacientemente muestras de esta instrumentalización del arte, en la que su valor de uso queda desplazado por el del espectáculo, el valor político que hace cuarenta años estudió Guy Debord. Las imágenes reunidas (donde, al ser intercambiable, la identidad del retratado desaparece) alternan con obras suyas muy sencillas: monocromos que recorren toda la gama del color contruidos con franjas paralelas. Alguno las considerará simples, pero sus incesantes oleadas de color sugieren con ironía lo que en las fotos se pierde: el valor propio del arte, su capacidad para mover la sensibilidad y estimular la libre imaginación.